

y pretendan por ella trepar á las cumbres del pensamiento, arrebatando sus secretos y su poder al tiempo. Dejad que las viejas naciones, tocadas también por la vara mágica de esa renovación, se sientan briosas y rejuvenecidas, y sacudiendo la inercia á que convidan los sufrimientos crónicos, abandonen las miedosas prevenciones que el egoísmo de la conservación inspira, tiren los ya gastados artefactos con que han ayudado un tiempo sus miembros enfermos y, mostrando el rostro á plena luz, aspiren el aura refrigerante y creadora de la estación bella, el aire oxigenado y puro de la libertad. No es una perturbación de la idea de justicia, ni de ningún interés permanente; es la satisfacción de una necesidad imperiosa, el cumplimiento de una ley ineludible, la Providencia social. Como la antera busca al pistilo al consumarse la boda de las flores en los días de Mayo, llenos de luz y de voluptuosidad, así los pueblos, en esa constante, apasionada y á menudo febril agitación del sentimiento y de la inteligencia, buscan el bien y la libertad para mejor cumplir los fines humanos en la tierra.

De esas secretas é irresistibles atracciones, en esa misteriosa fusión del espíritu con la naturaleza, la felicísima esperanza en el bien surge vivaz y esplendorosa. Al contacto de esta luz, ¡cuán suave calor en el espíritu! ¡Cómo desaparece el frío del escepticismo y de la duda! Bello es el porvenir. Si las nieves cubren todavía la cima de los montes, bien pronto la acción del sol y del aire tibio derretirá esas nieves. Si sobrevienen lluvias serán estas lluvias, como nunca, fecundantes; si las acompañan tempestades, serán turbonadas breves y pasajeras; si el viento se desata con fuerza será para sacudir las ramas del olivo y del laurel floridos, y llenar el espacio con el polen fecundante y los átomos reproductores. Así obra en el mundo moral y político la primavera de la libertad. Si en la cumbre de algunas sociedades existe todavía el privilegio erigido en hecho y derecho indiscutible, ya los pueblos jóvenes empujan; ya las viejas naciones se sienten influidas por el espíritu regenerador que todo lo invade y lo penetra todo; ya los ideales se acercan á la realidad y marchan con ella, y las nieblas de la tradición política y religiosa, en sus más visibles y perniciosas manifestaciones, se disuelven y disipan al soplo de la primavera de la libertad, la eterna primavera.

J. GÜELL Y MERCADER.

CONSEJOS

Sé pura, niña, sé pura;
La felicidad empieza
casi siempre en la pureza,
casi nunca en la hermosura.

Ama; sin amor no hay calma
ni algo que la dicha entrañe;
pero que el amor no empañe
la limpieza de tu alma.

Que el amor, pasión que asombra
por lo infame ó por lo bello,
pase por tí cual destello,
pero jamás como sombra.

Consuela agenos dolores;
sé como la primavera,
que al cruzar por donde quiera,
cubre las zarzas con flores.

No hallen frases en tus labios
la cólera ni el rencor;
que la venganza mejor
es perdonar los agravios.

Sé humilde, sé compasiva,
sé modesta como pura;
el encanto no fulgura
jamás en mirada altiva.

Y al verte alegre y serena,
hija ó amante ó esposa,
aunque digan: ¡Cuán hermosa!
añadan todos: ¡Cuán buena!

J. MARTÍ FOLGUERA.

EL TEATRO ANTIGUO Y EL MODERNO

UNA DE MIS OPINIONES LITERARIAS

No dejo de reconocer el arsenal de bellezas que atesora el teatro antiguo: admiro como el que más los portentosos genios de la Grecia, pongo por caso; pero entre el teatro de la clásica antigüedad y el moderno, mil veces prefiero el moderno al antiguo, á pesar de sus muchas excelencias estético-literarias.

Se dirá que la musa de la Tragedia oficiaba sobre la pendiente de una montaña, con el cielo por techo y el mar por perspectiva; pero, sin dejar de convenir en lo pintoresco del lugar, yo prefiero los modernos coliseos, en que, al abrigo de los rigores de la intemperie que azotan las plantas, las bestias y á los salvajes, al tiempo que me ofrecen mayores comodidades, me brindan el

sublime espectáculo de todas las artes reunidas en amigable consorcio.

Se dirá también que el actor de la clásica antigüedad llevaba una máscara sobre el rostro con una abertura en medio, en forma de embudo; que llevaba además sobre la cabeza una peluca adornada de penachos que le caían en relucientes cascadas sobre sus espaldas, y que se solía presentar con el cuerpo envuelto en un largo ropaje y montado en un asno; pero, sin entrar á calificar de serio ó cómico el efecto que había de producir tan extraño ginete, permítaseme optar por el actor moderno, que no se me presenta como un adefesio á caballo, sino como un hombre.

Se dirá, por fin, que los antiguos colocaban allí los sacerdotes para quemar el styrax de la Arabia; que el poeta ostentaba una corona de flores sobre su frente para así dirigir una plegaria á la musa de su inspiración, y que era cosa de ver como los espectadores acudían á las representaciones, no por mera distracción ó entretenimiento, sino por la devoción que alentaba su sentimiento religioso; pero yo prefiero ver á los sacerdotes, ofreciendo sus oraciones en alas del incienso en la Casa del Señor; yo prefiero no ver al poeta antes de su obra, sino verle después de la representación coronado por el éxito que haya merecido, y en fin, yo prefiero que los devotos vayan á orar al templo y que el teatro tan solo sea frecuentado por los que tengan necesidad de gozar del inefable placer de la belleza, por los que quieran cautivar su corazón admirando el arte, y por los que sepan reconocer el verdadero mérito, rindiendo el culto del merecido aplauso al inmortal artista, al genuino representante de la imagen del Creador sobre la tierra.

Esto en cuanto á la forma, en cuanto á lo externo y más mecánico del arte dramático ó del teatro.

En cuanto al fondo, me limitaré tan solo á hacer las siguientes ligerísimas observaciones sobre la tragedia, la comedia y el drama.

El *hado*, el *fatum* ó el *destino* era el *Deus ex machina*, la *prima ratio*, la *suprema lex* de la vida, en la tragedia clásica; pues, sabido de todos es, que una fuerza irresistible arrastraba á mortales é inmortales á la gloria ó á la infamia, á la virtud ó al crimen, si es que tenían algún sentido estas palabras en la doctrina fatalista. Pero esto sentado, ocúrreseme preguntar, ¿qué interés podían despertar aquellas acciones dramáticas, reproduciendo tan solo los monótonos cuadros á que había de dar lugar el siniestro Saturno reinando sobre el mundo, con los ojos vendados, por añadidura? ¿Qué interés el de aquellos argumentos, ante los cuales el espectador ni siquiera tenía el derecho de compadecer al desgraciado ni el de

execrar al verdugo, puesto que, siendo el verdugo un dios, la compasión era una impiedad y hasta el gemido había de ahogarse en la garganta de la víctima como un grito verdaderamente sacrilego!

Pues nada de esto sucede en la tragedia moderna. La libertad ha sustituido á la fatalidad; la voluntad es hoy dueña y soberana: lucha sin rendirse ó se rinde sin luchar, pero siempre puede vencer, porque siempre puede combatir. De ahí el mayor interés de nuestra acción dramática. El protagonista, vencido ó destrozado por las circunstancias, se remonta del fondo del abismo por encima de los acontecimientos, y dicho está que puede triunfar con la libertad de su conciencia hasta sobre las tablas de un patíbulo afrentoso.

El prototipo de la tragedia clásica es aquel desgraciado Edipo, acosado, perseguido cruel y tenazmente por la voz del oráculo que le condena á matar á su padre y á manchar, después, el casto lecho de su madre; el prototipo de la tragedia moderna es aquel resuelto Poliuo, que, en el camino del suplicio, levanta su frente serena, porque sabe que, al sonar la hora de su muerte, sonará también la hora del triunfo de su conciencia y amanecerá el día de su gloria, alcanzando la conquista de su propia inmortalidad.

Y no se nos hable, en son de réplica, del realismo que invade el teatro de nuestros días; pues recuérdese, al efecto, que el gran genio de un Sófocles ponía en escena los excrementos humanos, como nosotros ponemos la sangre que destila el puñal del monstruo de los celos; y que para conmover al público ateniense no reparaba en mostrar las asquerosas pústulas de Philoctete y los dolores de vientre de Hércules. ¡Compárese, pues, el realismo de hoy con el materialismo de ayer!

En la comedia moderna se dirá también que su sátira es grosera y que el chiste siempre es aborto de un equívoco rayano de la torpeza; pero, amén de que en esta censura se confunde la excepción con la regla, conviene no perder de vista que la educación actual no consiente aquella sátira personal que obligaba á un Sócrates á abandonar el teatro de Atenas, y que además, las lenguas neolatinas se hallan hoy comprometidas en su pudor, pues carecen todavía de vocablos de exacta equivalencia para poder traducir con literal exactitud los chistes del peor género, de que con harta frecuencia echaban mano los Aristófanes y Menandros para escitar la hilaridad de los espectadores.

Y ¿qué diremos del drama? ¿Qué diremos de esta acción que, si no eleva á los personajes hasta la sublimidad del heroísmo, tampoco los rebaja hasta lo ridículo de la estupidez? ¿Qué diremos de estos nuevos cuadros de costumbres públicas y

privadas, en los cuales el hombre, sin necesidad de ser una entidad extraordinaria ni un ente extravagante, afronta los conflictos, llamados ordinarios de puro frecuentes en la vida de familia y en la vida política? Nada absolutamente, nada podemos decir acerca del drama en la clásica antigüedad. Grecia y Roma, que, si conocieron á algunos semidioses y á muchos esclavos, apenas conocieron al hombre, no pudieron conocer otras acciones que las sublimes de los heroes y las ridículas de los esclavos; por esto ni la sabia y artística Atenas ni la sesuda y práctica Roma pudieron alcanzar el drama.

El drama es creación del teatro moderno, pues aun salvando la respetable autoridad de Mr. Mannin, quien afirma que en el siglo X floreció en Sajonia una monja que produjo algunas composiciones que pueden calificarse de verdaderos dramas, es lo cierto que los *misterios* y las *moralidades* de la Edad Media fueron los precursores del drama. Su aparición fué coetanea del Renacimiento y no se desenvolvió vigorosa y completamente hasta que, hermanadas la inspiración popular y la poesía erudita, dos grandes genios, Lope de Vega, en España, y Shakespeare, en Inglaterra, al tiempo que asombraron al mundo con los maravillosos partos de su fecunda fantasía, lo dieron á conocer á la culta Europa como el género dramático más humano y que mejor responde á los modernos ideales y á la forma de vida de nuestros tiempos.

ISIDORO FRIAS.

AMOROSA

TANTO y tanto tu recuerdo
grabado en mi mente está;
que cuando venga mi muerte,
mi última idea serás,
y mi primer pensamiento
si llego á resucitar.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS.

KIN-YENG

ESTUDIO DE COSTUMBRES CHINAS

I

Las siete felicidades han de multiplicarse diez mil veces en tu casa.

—Y mi escuálido retoño se convertirá en florido albaricoque en la tuya.

—¿Queda, pues, empeñada tu palabra?

—Solo la boca de los malvados no expresa los sentimientos del corazón, ha dicho el sabio.

—Que el vino caliente prolongue tu preciada existencia.

—Que nunca se indigeste el arroz en tu noble estómago.

Así pactaban el matrimonio de sus hijos, los viejos Aman y Lonjing, sentados junto á una mesa de pulido roble, con una taza de thé en la mano y pasándose mutuamente la pipa de metal llena del mejor tabaco de las montañas *Hiong*. En China sucede todavía lo que ha pasado en Europa hasta en nuestros días: los matrimonios se inspiran solo en la conveniencia, y son los padres de los novios quienes los arreglan; con la circunstancia especialísima de que el amante no conocerá á su amada hasta cinco minutos antes de encerrarse en la cámara nupcial.

Petrificado en el inmenso libro de los recuerdos de su pasado, vejetando sin contar los días en la historia, el pueblo chino existe merced al indisoluble lazo social que le agrupa y une como una sola familia. El Emperador es el padre y la madre de los ciudadanos, y se le llama así en los documentos oficiales: los mandarines deben ejercer solo autoridad paternal: en los pueblos y aldeas el fallo de los ancianos supera al de todos los tribunales: en las familias la potestad del padre no tiene límite alguno. Pero si la teoría de este sistema es realmente seductora, su práctica manifiesta los mas deplorables abusos. Un interés egoísta y grosero se ha sobrepuesto á todo: la existencia de la autoridad se conoce y revela solo por sus abusos: los mismos lazos íntimos de la familia son una ridícula parodia: y aquellas grandes máximas de los filósofos que florecieron desde los tiempos de Yao hasta la dinastía de los Tang, hace tiempo se han borrado de la memoria del pueblo y solo se conservan en empolvados cuadros que adornan las pagodas y templos búdicos.

En la genealogía de los despotismos que imperan en la China, el primero es el del emperador: el último el del padre de familia. Toda aspiración generosa es ahogada en germen; las ideas modernas no pueden entrar en aquellos cerebros, y la ley eterna y constante del desarrollo del progreso es desmentida por cuatrocientos millones de hombres que se empeñan, y lo consiguen, en retroceder diez siglos de su historia.

Esta tiranía paternal, pues, movía al viejo Aman á pedir para su hijo Tai-lung la mano de la hija de Lonjing. Y la costumbre tradicional fué rigurosamente observada. El consejo de familia alabó las virtudes de la hermosa Kin-yeng: una casa-